

07

FA 260701(1-13)

2097



(2)

ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES HONRAS

CABO DE AÑO

CELEBRADAS EN LA PARROQUIA

DE SANTA MARIA

DE LA CIUDAD DE SANLUCAR LA MAYOR,

en 24 de Mayo del presente año

por el *Alma*

DEL

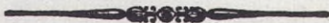
Ilustrísimo Señor D. José Maria Mariscal y Rivero, Abad mayor de la Insigne Colegial de Olivares, nullius dioecesis,

DIJO

El Sr. D. JOSÉ JOAQUIN DE OJEDA Y VILCHES, Presbítero, Bachiller en medicina, Capellan párroco del Cuerpo Nacional de Artillería, Catedrático de Teología moral y Examinador sinodal de la misma Abadía.

DALO A LUZ

la Sra. Doña Teresa Mariscal y Gallegos, primera-hermana y albacea del difunto Prelado.



SEVILLA: IMPRENTA DE D. MARIANO CARO.
1837.

ORACION FUNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES HORAS

CARGO DE AÑO

CELEBRADA EN LA CATEDRAL

DE SANTA MARIA

DE LA CIUDAD DE SEVILLA LA MAYOR

en 21 de Mayo del presente año

por el Sr. D. Juan

del

Ilustrísimo Señor D. José María Martínez
y Rincón, Abad mayor de la Iglesia Co-
legial de Olivares, nullius in diocesi

duo

El Sr. D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLEA Y VILCHES,
Presbitero, Bachiller en medicina, Capellán párroco
del Cuerpo Nacional de Artillería, Catedrático de
Teología moral y Examinador sinodal
de la misma Abadía.

de la misma Abadía.

En San. Doña Teresa Martínez y Colunga, prima-
hermana y abadesa del mismo Presbitero.

SEVILLA: IMPRENTA DE D. MARIANO GARGA.

1837.

TEXTU.

In omnibus plateis ejus planctus, et in cunctis, quæ foris sunt, dicetur væ væ, et vocabunt agricolam ad luctum, et ad planctum eos, qui sciunt plangere.

En todas sus plazas habrá llanto, y en todos los lugares de fuera ay ay: y llamarán á este duelo al llorador, y á llanto á los que saben plañir.

Amós, capítulo 5. verso 16.

Y qué, Señores, ¿seria solo al pueblo de Israel á quien se dirigiera este sublime oráculo del sencillo pastor de Tecue? Ello es, que aquella porcion de la descendencia de Jacob, á pesar de distinguidos favores con que la honrara el cielo, se divertia ante un becerro de oro en reprobadas adoraciones, y desoyendo amenazas de Oseas, Jonas, Abdias y otros profetas, consumaba la abominacion entre el gozo, el placer y el regocijo. Tambien y entonces inspiró el celestial Espíritu al célebre Amós, y los vaticinios que vertiera en época de Joas el hijo de Jeroboam, llenáronse al fin en un dia de desolacion. Porque amaneció tan malhadado dia, y he aquí regadas de abundoso llanto las plazas de sus ciudades y villas, y hasta en luengas regiones se pronunciaron tristísimos ayes; á

la vez el labrador sorprendido abandonó su esteva para cubrirse de desaliñado luto, y apenados sollozos despedían sensibles personas, que mas perdieran por la irrupcion de las huestes de Salmanazar: *In omnibus &c.*

¿Y escena tanta no pareció repetirse en semejante dia de anterior año (1) y completarse hoy ante este lúgubre cenotafio? ¡Ah! que no es el ejército de los Asirios, quien invade ya las fértiles campiñas de una heredad tan querida del cielo como la de Israel, sino la hoz afilada de la pavorosa muerte, la que, cortando el hilo de saludable vida al Ilustrísimo Señor D. José Maria Mariscal y Rivero, Abad mayor de la insigne Colegial de Olivares, produce el lamento en una parte del rebaño de Jesucristo: ¿Qué digo yo? ¡Ah! que ella impulsa á exhalar amargos ayes á gentes de lejanas ciudades y pueblos, sumiendo en el dolor, cual á nave azotada de espumosas olas, y á tiernos amigos, y á apreciables deudos, y á agradecidos clientes: *In omnibus &c.*

Cuan cierto es, Señores, que la muerte, esa pena dura acordada por un Dios justo á la desobediencia del primero de los hombres, burla los planes mas bien trazados, tuerce líneas rectamente tiradas, y convierte en angustioso sentimiento las delicias del alma, los gozos del corazon. Ella, pues, bafeando pestífero hábito sobre el Ilustre Abad, que lloramos, nos demuestra con verdad divina, que en esta maldecida tierra todo acaba, todo concluye, todo perece, y frágiles mortales, que somos, en vano agotaremos todos los recursos de nuestra decantada sabiduria, porque siempre marcha con nosotros la semilla de la destruccion: así, cuando creyéramos que el buen Prelado de Olivares gozaria tranquila longevidad, cumpliendo los dias de su vejez, y acaso respirando algunos años hasta en la decrepitud; he aquí que como viento levantado del lado del aquilon, cuyo impulso hace desperezar á la robusta

encina, la muerte, sí, la desapiadada muerte le roba del número de los vivientes, é hizo descender su yerto cadáver á obscura huesa.

Tan infausto acontecimiento al par de confirmarnos en que todo envejece, que todo muere, siendo solo el Dios de las alturas, quien disfrutará de eterna vida, como cantó el Profeta, (2) escita nuestra sensibilidad, y mueve todos los resortes de la santa religion que profesamos: porque ¡ay!::: Es cierto que el Prelado de Olivares no figura ya entre nosotros, y sus restos pudren en bóveda de la insigne Colegial, que rigiera. ¿Empero su alma no existe entre las manos del Dios, que la formára? Sí, este Ser Supremo, cuya perspicaz vista penetra sin angustia en los mas menudos pliegues del corazon del hombre, á quien regaló vida, ha pesado ya en fiel balanza no solo las acciones, no solo las palabras, sí tambien los mas rápidos pensamientos de este su Ministro; y en tanto que la bordada mitra, que ciñó sus sienes, y el precioso báculo que movió su mano, y el rico anillo que llevó en su dedo, y las finas telas que vistió su esbelto cuerpo se miran dispersos aquí y allí, cual despojos de ejército vencido en decisiva batalla, ó como mercancías arrojadas á húmeda playa, despues de borrasca, que desquilló á la conductora nao: su alma, sí, su alma satisface, puede ser, hasta el último cuadrante (3) de faltas, que su fragilidad cometiera.

Tal es, Señores, nuestra augusta creencia, tal la sana doctrina de la religion del Crucificado::: ¿mas cuántos, y cuán esquisitos dones á nosotros presta esta misma religion, para labrar la suerte feliz de un alma á quien juzga el Dios de la vida? ¡Ah! que fervientes oraciones, limosnas abundantes, rigurosos ayunos, y el sacrificio pingüe del amor de todo un Dios por el hombre pueden hacer favorable una sentencia terrible. (4) Y qué, mi Dios, ¿no se han tocado tan piadosos muelles, para interesar tu dulce misericordia?

¡Ah! que un año, Señor, cuenta por sus meses, por sus semanas, por sus días, por sus horas, quizá por sus instantes, los miles votos dirigidos en bien del último Abad de tu insigne Iglesia, y ellos, como denso humo de oloroso tymiama, habrán sido allegados á tu notoria benignidad por el Santo Angel de la consolacion y la ternura. (5)

Mas ah! que si desunidas ya las partes, que constituían la esencia del hombre, que hemos perdido, y una habite en deleitoso Empíreo, segun nuestra piedad lo presume, ora por la misericordia de ese Dios tan bueno á quien amamos, ora á ley de continuos sufragios que en acerbo con los presentes habrán contrapesado sus algunos deméritos; y la otra yazga bajo tierra, que le deseamos leve, (6) esperando reorganizarse en dia ignorado de universal juicio (7) con la lozanía, vigor y robustez de edad perfecta, en espresion del Apostol: (8) la nombradía de este Mitrado vive en su totalidad, y reclama en esta fúnebre pompa, y su estensa publicacion, y nuestra sensibilidad dolorosa. Porque ¿habrá de perecer con el ruido la memoria de este Varon insigne, cual la de aquellos mortales, cuya existencia para nada fuera útil á sus semejantes? ¡Ah! que la del Abad Mariscal y Rivero no merece tan aciaga suerte. Ella, sí, pudiera perpetuarse sobre el mármol blanco ó el duro bronce, como la de tantos genios á quienes admirára el mundo; pero monumentos erigidos aun con la solidez, que hasta ahora conoce la humana ciencia, ¿no se miran derrocados por las vicisitudes, y llegan á corroerse por la sucesion de los siglos? ¡Ah! que quizá pisamos en este Templo cenizas por nuestros Mayores con esmero conservadas, y en verdad que por do quier caminamos sobre cadáveres de Ciudades é Imperios. Y ved, Señores, porque la memoria de aqueste Ilustre difunto ha de consignarse en la esplanacion de las palabras de Amós, y serán base de este discurso, que produ-

ce y pronuncia la amistad mas sincera. Si, ellas en cierto modo nos demuestran el sentimiento de su Diócesis, y los hondos suspiros de varios pueblos, y gentes por la muerte de un Prelado de las mas relevantes prendas: *In omnibus plateis ejus planctus, et in cunctis, quæ foris sunt, dicetur væ væ*, y ellas nos convencen del tierno lloro, que consagra la amistad y la gratitud en la pérdida de este apreciable Varon tan leal y filantrópico: *Et vocabunt agricolam àn luctum, et ad planctum eos, qui sciunt plangere.*

Permitid, mis benévolos oyentes, que antes de proseguir, desahogue con un ¡ay! mi comprimido pensar, y enjague con este lienzo la ardiente lágrima, que se ha deslizado por mi mejilla:::



Decia, Señores, que por el fallecimiento de este Pastor de respetable memoria se ha escitado la sensibilidad de muchos en honroso tributo de las bellas cualidades que le adornáran. ¿Y quién pudiera contradecirlas? ¡Ah! que la Providencia parece cuidó de aglomerar en su persona rasgos precursores de un Varon ilustre y cristiano. El esplendor de su origen, la cultura de su educacion, la bondad de su índole, la rectitud de sus acciones, la grandeza de su ministerio. ¡Qué pronósticos de un porvenir venturoso!

¡Oh y si me fuese dado evocar de la tumba á los honrados D. Andres Mariscal y Doña Maria de Rive-ro, cuya sangre de notoria hidalguía, y por la pureza de su fe, y por la antigüedad de su ascendencia, corrió por las venas de nuestro difunto! ¡Ah! que ellos depondrian aquí cuan bien correspondió desde

la niñez el buen corazón de su hijo á las instrucciones de virtud con que sabian embellecerlo. ¿Pero no lo dice aun hoy, y llora á este su patricio la M. N. y M. L. Ciudad de Jerez de la Frontera, donde se mecíó su dorada cuna? Si, esta Ciudad, tambien mi querida patria, observó al jóven Mariscal embebecido en el estudio de una razonable filosofia, y de las sagradas letras, y sus propectos catedráticos en el convento de los Predicadores de aquella rica poblacion certificaron siempre, y en pro de su puntual asistencia á las aulas, y de su asidua aplicacion á los mas útiles libros, y de su lucida destreza en públicos certámenes, que actuára, y de la cordura como de anciano, con que ejerció el rectorado de aquellos estudios á que por aclamacion fué promovido. (9)

Tal vez la espada le proporcionára en medio de los ejércitos aquel honor, que este mundo dispensa á vencedores rociados con sangre, que derraman en el ardor de las batallas; y acaso el agiotaje le atraería el respeto de los hombres, notándole enriquecido con la plata y el oro, metales, que ansian las gentes, y por los que saben sacrificar la quietud y la vida. Empero abrazaria ni la milicia, ni el comercio el que doctrinado en el temor santo del Señor aspiraba á santificar su alma, santificando á la vez las de sus prógimos? Ved por qué, respondiéndolo á vocacion del cielo, se anumeró á los ministros del Santuario, adquiriendo la decente cóngrua, prescrita por los cánones y sínodos de su Diócesis, con capellanías, que obtuviera por méritos de oposicion literaria. (10)

Aun no contaba veinte y nueve años el difunto de nuestro llanto, y ya ejercia el don de la palabra santa en discursos panegíricos y morales, y ya recibió liceneías, para confesar toda clase de personas sujetas á la jurisdiccion Castrense, y ya era Examinador Sinodal del Arzobispado de Sevilla, y Obispados de Sigüenza y Málaga, y ya fue Juez Apostólico de

la Santa Cruzada, y demas gracias en el mismo Jerez, y ya habia sido nombrado Capellan del religiosísimo convento, órden *Sancti Spiritus in Saxia*, y cuyo vicariato renunció por dedicarse con caridad ardiente al sosten del piadoso Hospicio de niñas huérfanas y desamparadas, y enseñanza pública de aquella Ciudad. (11)

Su acertado desempeño en estos destinos movió el ánimo del buen Monarca Carlos IV, para conferirle por consulta de su cámara de Castilla una de las prebendas de la insigne colegial de S. Salvador de su patria; y ya vimos su compostura, religiosidad y prudencia en las funciones de este alto beneficio, porque sin descuidar antiguos deberes, llenó y en el altar, y en el coro y en el capítulo los que el último general Concilio impusiera á un digno prebendado. (12)

Asi corrian dias tranquilos en la vida de este bien morigerado Sacerdote, cuando una invasion estrangera, y de ominoso recuerdo pareció ecsigirle toda la actividad de un cristiano zelo por los intereses de su Dios, de su rey y de su patria. Vióse de repente ocupada nuestra fértil Andalucía por tropas del Caudillo del siglo, (*) cual sobre campo de abundante mies arroja el rayo, y el granizo la preñada nube, y Jerez entonces abrumado con el peso de un ejército numeroso, sitiador de la Gaditana isla, padecia todos los males, que arrastra en pos de sí una triunfante hueste. Ya la sensatez de Mariscal y Rivero habia previsto el inevitable azote, y asociándose á personas de recto pensar, detuvo, en cuanto fue dable, todo el impulso del torrente devastador, y poniendo en juego la mas fina política, salvó las preciosidades de su patria, y plegándose á críticas circunstancias del momento, alivia la afliccion de sus compatriotas, y pabulizando el fuego del mas noble patriotismo, que á veces por muchos

(*) *Napoleon Buonaparte.*

se propala, y tan pocos merecen poseer, pudo jactarse de haber sido un defensor del orden público durante la nacional opresion. Así, loor á junta de hombres benéficos, y de la que nuestro Prebendado formó número, hizóse mas llevadera la malhadada suerte de aquella ciudad; pues el jornalero halló siempre trabajo, para ganar su merced, el débil seco tuvo eji- da en los tiros del militar desenfreno, el emigrado conservó sus bienes á pesar de rigurosos decretos de proscripcion, el mendigo sació su hambre con la abundancia de económica sopa, y el culto y sus ministros gozaron aun mas esplendor y respeto, que en decantadas épocas de toda tranquilidad. (13)

Servicios tan eminentes, y á grande costa prestados despreciarse no pudieran por el jóven rey Fernando el séptimo, quien en la alborada de su libertad, como que deseó premiar al mérito y á la virtud, y el célebre Mariscal, poseedor de uno y otra, se miró agraciado con los honores del consejo de S. M. y con la dignidad de Chantre, y una Canongía de la Iglesia colegial de S. Felipe de Játiva en el reino de Valencia. (14)

Plausible sin duda hubiera sido para aquel Cabil- do egemplar la union á sí de miembro tan recomenda- ble, en tanto que su patria carecer debia de este hijo para ella tan predilecto como los Diaz de la Guerra, Mor- las, Vargas, Fernandez, Sernas, Palmas, Mirasol y otros que dió á luz en el último siglo su privilegiado suelo (15): empero ni Jerez, ni Játiva le merecian ya, porque la Ecselentísima casa de Berwik y Alva, patrona de la mo- derna Abadia de Olivares, erijida por el Papa Urbano VIII á ruegos de D. Enrique de Guzman el Bueno, cual diligente abeja, que en jardin poblado descoje la flor lo- zana, y liba el suco de su cáliz, para labrar mejor miel, fijando su atencion sobre este Ilustre Dignatario, le eli- je sucesor del difunto Abad, que perdiera aquella Co- legial insigne; y presentacion tan acertada no solo fué benignamente acogida por el Monarca y su consejo, si-

no confirmada ampliamente por el romano Pontífice Pío VII de felice recordacion, y quien, para manifestar su deferencia, y le espidió bulas mas privilegiadas, que las obtuvieran otros Abades sus predecesores, y le donó al par el alto empleo de su Protonotario Apostólico con asistencia al sacro solio Pontificio, armándole caballero de la Espuela de oro.

Cuanto placer inundaría á mi alma, si se repitiese á nuestra vista la Abacial bendicion, que recibiera el electo Prelado de la colegial de Olivares; pero no siendo posible al hombre débil retrogradar el tiempo, ni tener dominio sobre los momentos, baste asegurar que la augusta ceremonia llevada á cabo por el Ecsmo. Giustiniani, Nuncio de S. S. en la capilla de su palacio, como asimismo la primera pontifical misa, que celebró el Ilustre Candidato en la Iglesia de las monjas de la Magdalena, fueron suntuosas funciones, que escitaron la curiosidad de miles personas de la villa y corte de Madrid, y quienes entre cordial alborozo venturas auguraban al novel pastor, y á su áfortunada grey.

¿ Y fallaron quizá sus pronósticos? fueron dias, cuando Olivares y su colegial veneranda, y esta Ciudad de Sanlucar, y el antiguo pueblo de Eliche, y la villa de Albayda, y ambas Castillejas (16) se gozaron, al contar por décimo Abad de su catálogo á este Varon de bella índole, de apuesto talle, de generoso desprendimiento, afable en el trato, fino en sus maneras, noble en sus procederes, ganaron en suma un verdadero Jerezano; y á la vez, llorando hoy la pérdida de un Prelado de tantas medras, recordarán por siempre y su candor, y su prudencia, y su mansedumbre, y su discrecion, y mas que todo su paciencia, su conformidad, sus sufrimientos:::

Sufrimientos del difunto Abad::: ¿ Quién lo creyera? ¡ Ah! que en dia sereno, y cuando suave zéfiro mece apenas las hojas del tierno arbusto, escalan sus cárceles el Éuro y el Bóreas, y ajitando la atmósfera con veloz sacudimiento, tronchan robustos árboles, aplanan sólidos

edificios; así por fútil origen, y en ausencia de su Pastor pareció turbarse una felicidad, que ser duradera debria. ¿Mas podrá subsistir alguna en este maldecido globo, y cuándo las humanas pasiones pierden su equilibrio? ¡Ah! que ya sintieron muchos los terribles efectos de la rota avenencia, y el Ilustrísimo Prelado apuró hasta las heces el cáliz de la amargura, y regresando al aprisco, que se le confiára, jamas y acaso concluyeran disturbios en realidad menguados, si su grande alma no les diese el mas seguro sesgo. (17)

Pues tú le viste, pueblo de Olivares, en viernes de la santa cuaresma, y cuando la Iglesia recuerda á sus hijos en trozo del Evangelio de S. Mateo (18) el precepto del divino Maestro de nuestra religion, que prescribe amar hasta á los enemigos, tú le viste, repito, descender de su Abacial silla, y abrazando cordialmente á los que siempre llamó sus hermanos, escigir con suspiros entrecortados, y bañadas sus mejillas en dulces lágrimas el perdon de ofensas de que tal vez no fuera tan culpable: no de otro modo allá en Egipto el Patriarca José, deponiendo su autoridad y grandeza, estrecha contra su puro pecho á los otros hijos de Jacob su Padre, y olvida para siempre menoscabos, que ansiáran irrogarle. (19)

Esta patética, humilde y cristiana escena fué sublime leccion, y tan aprovechada que, cual bálsamo de salud, derramó el gozo en su venerable cabildo, admirador mas y mas de las prendas de su digno Prelado, y entre el festivo placer, que á cada cual ocupa, se creyó ya restablecida la paz, aquella paz, que disfrutára el mundo, al nacer el Salvador de las gentes, (20) al nacer aquel, que por beso de un su discípulo fué entregado despues, y en memoranda noche á la potestad de las tinieblas. (21)

Empero ¿por qué el genio del mal, divagando por dó quier á manera del espectro de las tumbas, influye tan despiadadamente en los destinos de Ilustres hom-

bres? ¿Será acaso que para adquirir lugar en la historia deban ser purificados por la desgracia, como el oro ostenta mas brillantez por las agitaciones del fuego, ó será que es inherente á los que gobiernan, parar de algun modo los tiros del descontento? Ya se vieran en antiguos dias al Pontífice Formoso padecer hasta en su cadáver todo el peso del resentimiento, (22) á Santo Toribio de Liébana, ser acusado por su mismo Arcediano, (23) y á Bartolomé de Carranza, Primado de las Españas, víctima de un tribunal, que se proclamára santo. (24)

No fueron de tal cuantía los males del difunto Prelado: él ya emprendiera de acuerdo con su Cabildo nuevo viaje á la Corte, para esclarecer derechos de su jurisdiccion, y otros litis, que de tropel ocurren, le dieron á paladear el acíbar de la discordia; así la chispa eléctrica, comunicándose de uno en otro conductor, horripila, y hace estremecer al cuerpo mas distante.

Fuera entonces, y restituyéndose á su grey, cuando caen sobre su ya enervado corazon golpes azarosos de acá, y allá dirigidos, y cuyos embates en vano pudiera resistir; pues como el cazador diestro no se sitúa ante el leon de encrespada guedeja, y cuyas garras han de destrozarle, sino que abre hoyas, forma trampas, y estudia ardides, para haberle en su descuido; así estos golpes, que jamas previó su buena fe, consagrándole víctima de su candor, le compelen á devorar la penuria, el escándalo y la humillacion. (25)

¿Mas, formaré yo aquí el detall de sus infortunios, y de los rasgos de noble firmeza, que desplegó entre ellos? ¿Toca acaso á mi actual posicion saltar á la arena, para hacer interpelaciones en ya discutidos ó resueltos puntos? ¿Se habrá de emplear mi ministerio de evangelizacion, y de paz en probanzas, alegatos y defensas propias del orador del foro? ¡Ah! Corramos un tupido velo, y sobre los padecimientos de

este Mitrado, y sobre su conformidad en graves conflictos, y dediquemos solo á su memoria el homenaje de nuestra admiracion.

Al fin plugo al Cielo, lucieran mas claros dias para el que la muerte se preparaba á arrebatár, y en ellos como en la alborada, y apogéo de su Pastorado, procuró ejercerle con aquella rectitud de corazon, con aquella sanidad de conducta, con aquella entereza de alma, que parecia ser como su peculiar caracter: y las Iglesias de su jurisdiccion en diocesanas y particulares visitas, y su religioso Cabildo en asistencias, y canónicas reuniones, y sus súbditos en el puntual servicio de los Templos, y sus ovejas en el pasto tan útil á sus almas. vieron no interrumpida la bondad de sus antiguos Abades, y mas ostensiblemente el zelo de los Navarros, el esplendor de los Poblaciones. (26)

A la vez, él se propuso mitigar todo síntoma de disturbio, y aducir como un público testimonio de haber por siempre apetecido la armonía, la union, y la paz: y á manera del can brioso, que sin temer los ladridos de los gozques, se aleja de su molesto ruido, ó semejante al acucioso pastor, quien, abrebado su rebaño, se recuesta bajo árbol copudo mientras la estiva siesta, él se circunscribe al círculo de sus deberes, y al centro de su palacio; y como quiera que la vida campestre nos trace la inocencia de la primera edad del mundo, se espaciaba en el cultivo de su ameno verjel, y adunadas así la sencillez, y la grandeza, que le fueron naturales, entonces disfrutó de dulce contentamiento, entonces la religion era su único solaz, y entonces, y á su torno todo fué calma profunda. (27)

Así se adelantaba hácia el sepulcro, y el que ya le consume en sus entrañas. ¿Y se mostrára alguno insensible en su súbito finamiento? Todos le admiraban en la vida; su patria, la corte, estas provin-

cias, los pueblos de su solariega casa (28) repitieron su nombre con respeto; su Diócesis, sí, su Diócesis le mereció la mejor deferencia, el mas cordial afecto, y si cometiésemos la injusticia de creer que ¡si tuvo émulos, lo fueran de corazon, ya habrian de puesto sus animosidades, como el mar tiende á la bonanza, concluida tempestad desecha. Porque ¿es ni aun posible imaginar que torcidas voluntades penetren hasta el seno de las tumbas? ¡Ah! que la ilustracion del siglo, el genio nacional, nuestra religion de dulzura nunca han permitido traspasar los bordes de la huesa.

Ved, Señores, porque al bajar ya á ella el difunto de nuestro piadoso recuerdo, y en los presentes dias, y hasta en futuros tiempos se notó, se advierte, y habrá gran dolor por su pérdida; ved porque á Dios se elevan por su descanso reiteradas suplicaciones, y las que ninguno ha debido esquivarle, sin atraerse el desprecio del sensato, la escsecracion de los buenos, y este espantoso anatema del Salvador: pues en la medida, que midiéredes, seréis medidos, y aun se os añadirá: (29) y ved porque yo decia con el Pastor de Tecue, Profeta de Israel: el llanto riega las plazas de aquestos lugares, y hasta en los remotos se repite el ay! ay! del pesar: *In omnibus plateis ejus plancus, et in cunctis, que foris sunt, dicetur væ, væ.*

Empero ah! que no suelen ordenarse tan de repente en derredor de su enseña, ni mostrar mas ardor para el combate los trozos de un ejército, luego que perciben el sonoro eco de la guerrera trompa, como á la nueva infausta de la improvisa muerte del

Ilustre Prelado, se afectan sus amigos, sollozan sus clientes. Porque ¿no se han interesado los unos en tanto duelo, y no prueban los otros con sensibilidad suma, cuan bien saben plañir su tanta pérdida?

Si amistad sea la adhesion al hombre ora por sus dotes apreciables, ora por cierta simpatía, que cautiva al corazon; quizá por ambos respectos la merecia el Abad, que llóramos. ¿Y cómo no, cuando sus ingénuos amigos le hallaron siempre fiel, seguro y ecsacto guardador de los derechos sagrados de la amistad? ¿Cómo no, cuando jamas se mostió indiferente á las cuitas de sus amigos, jamas hizo traicion á los secretos, que le confiáran, nunca adoptó esas pequenezas á que está sujeta la amistad de los grandes, ó por mejor decir, son causa de que los grandes conozcan tan poco la amistad? ¿Como no, cuando admiraron su esplendidez, su profusion, y aquella bondad, que tan bien cuadra á los sublimes génius, y aquella gracia, aquellos chistes con que amenizaba los diálogos, chiste propiamente andaluz, que envidian tantas naciones, y que otras nuestras provincias en vano intentan remedar? ¡Ah! que si el fisico aun ignora por qué oculto móvil el iman allega á sí al acero, á nosotros es facil entender que con tales prendas han de ganarse amigos escogidos, amigos de todas profesiones, amigos por todos los lugares. (30)

Y como el verdadero amigo ame en todo tiempo segun se lee en los Proverbios santos, (31) con razon los del Abad Mariscal y Rivero, que bien le amaron y en la prosperidad, y en los reveses, ahora mas y mas se han condolido. Porque, Señores, ¿qué sino el lazo de amistad, que nos unia, hubiera hecho suspender mi trabajo sobre el campo espiritual, que la Providencia se ha dignado confiar á los sudores de mi ministerio, para acudir aquí, y tributar este gaje de un puro afecto á mi ya difunto amigo? (32)

Y ciertamente perpetraría grave injuria, quien

atribuyera ó á la adulacion, ó á la esperanza de medrar, el tejer yo la necrologia, y encomiar las prendas, que á mi ver le distinguieron. Porque acaso, y á Dios las gracias, ¿he vilipendiado jamas mi venerando caracter en tiempo alguno, ni aun en críticas circunstancias? ¿Ni qué me concederá nunca un muerto, ó mas bien, algentes cenizas confundidas ya con el polvo de las tumbas? ¡Ah! y séame testigo el Cielo, solo la amistad verdadera cubre hoy de luto y á mí, y á tantos sus amigos, sin que arredrarnos puedan la censura de los Zoylos, la petulancia del Sabidillo.

Esta amistad, pues, y la que, en máxima del Orador romano, (33) solo entre buenos se anuda, nos descubrió ciertos matices, que nos place enumerar. Tales: su franqueza en desprenderse, y ofrecer cuanto poseía en medio de sus escaseces, apuros, y privaciones, pero sin aquel fingimiento, que por mas que se enmascare, aun al ojo miópe es fácil entrever; su gravedad en las sagradas funciones de su pastorado, mas sin aquella afectacion, que atrae el ridículo sobre otros ministros; su mesura en las audiencias, y sin aquel ceño, que á veces decide á esconderse del que como á Padre es indispensable acudir; su fé sencilla, su adherencia á las autoridades constituidas, su piedad religiosa, todo empero desnudo de fanatismo, humillacion, é hipocresía. (34)

¿Ni cómo remitir al silencio su llaneza, cuando desembarazado de los negocios de su alto destino departia con sus amigos, sin ostentar aquel brillo fastidioso, ó llámese etiqueta, y cuyo sosten castiga con el aislamiento á tantos personages? Tampoco olvidarémos su condescendencia en doblegarse á las insinuaciones de sus amigos, su atencion al escuchar sus dictámenes, su prontitud para acceder á sus deseos, y por siempre recordamos aquella su devocion asaz pura, que nutrió toda su vida, y al Sacramen-

to agosto, y á la pasion de Cristo, y á la Madre de todo un Dios, y al Esposo de una Virgen, y al Angel de las Escuelas y :: ¿Pero adónde voy? ¡Ah! y con que candor me aseguraba un dia sentir dulces emociones, al contemplar los padecimientos del Redentor, y las penas de Maria? y con efecto, yo le ví conmovirse, estaciarse, y derramar tiernísimas lágrimas, cuando á su presencia, y en su alma Iglesia prediqué un doloroso Septenario, y describí en la feria de Parasceves la postrimería de Jesuoristo sobre la cumbre del Golgota. (*) En verdad, Señores, y confiéselo mi confusion: el fervor de mis oyentes acrecía por su grande fervor; en vez de doctrinar fuí yo allí enseñado, y su contricion sin duda dió mas vehemencia al débil discurso mio.

No es nuestro ánimo, al trazar el cuadro de estas, á nuestro humilde entender, lindas dotes, erigirlas en apoteosis, ni aun bautizarlas con el nombre de virtudes, pues la inflexibilidad entonces nos acestaria tiros, quizá no muy certeros, cual cazador á incauta avecilla, que trina posada en frondoso ramaje, oponiendo desacuerdos de razon, desmandes de espíritu, deslices de hombre, que en escrupuloso prisma ú osára, ó creyera entrever: Empero, Señores, ¿no son como inherentes á nuestra enferma naturaleza las anomalías de algunas acciones, y mas afirmando un Evangelista, que se seduce á sí mismo, quién se juzga inculpable? (35)

Gracias al Cielo, que no respiramos en Egipto donde en antiguos tiempos fué la parentacion una rígida censura de las vidas de sus ya difuntos reyes, é ilustres hombres, (36) sino en la generosa España, cuya religion fundada y en el amor de todo un Dios, y en el amor de todo prógimo, (37)

(*) *El egercicio de las tres horas, que se practica en Viernes Santo.*

nos marca por los Proverbios, y autoridad de dos Apostóles, que todo yerro, flaqueza, ó pecado sabe cubrirlos la caridad. (38) Así guarecidos como en inexpugnable ciudadela, y escudados con el broquel de tan firme doctrina, no dudaremos recabar de toda severa suspicacia, ablande agudas acrimonías, castigue rastros juicios, arroje de sí la enorme viga, que tal vez le abruma, antes de ecsaminar la arista leve, que atisbára en ajeno ojo, (39) y á manera de encontrados ejércitos, que despues de violento choque posan las armas, para llorar de consuno la pérdida de valientes de una y otra bandera, se adune á nuestro duelo, duelo por el mudo polvo del que la amistad observó siempre leal, consecuente, hombre de bien.

Tal lo decanta tambien su numerosa clientela, esa porcion de seres, cuyo amargo lloro no cesa de correr, y con el que publican el deceso de un constante bienhechor, de un filantrópico limosnero, de un bondadoso Padre. ¡Y con cuánto placer aun en la gravedad de nuestro sentimiento, y habiendo adoptado este consejo del Espiritu Divino: es mejor ir á la casa del luto, que á la del convite, (40) oimos su plañir, digna efusion de acendrada gratitud! Porque es despues que inecorable Parca ha inmolido la víctima, cuando se recuerdan con entusiasmo las buenas obras del hombre, que ya no ecsiste, y es entonces cuando, parangonados los dias de felicidad con los de la desgracia, se prueban los disgustos, se disipan las ilusiones, se siente todo el peso de la desolacion.

Así esa multitud de dolientes, á quienes con mano larga protejía el Ilustre de Olivares, palidece, deplora, y se apena, por haber desaparecido ya el que socorrió á la viuda, alimentó al mendigo, vistió al huérfano, alivió al enfermo, y llenó, en cuanto le fué posible, los preceptos, y consejos de la caridad. Tanto

declaran el hospicio de su patria, algunas familias, varios Eclesiásticos, y muchos indigentes con quienes compartia su pan, y recibieron sus dones con aquella magnificencia de que nos habla el libro de Ester, (41) y si, por azar inconcebible, de unos fué mal correspondido; de otros reportó la indiferencia, y hasta su nepotismo al que deseaba elevar á la sabiduría, al engrandecimiento, y á la santidad pócima de sinsabores á beber le diera; mil y mil en tanto alaban su generosidad, bendicen su nombre, y confesando en su dolor que merecieron bien de su filantropía, esparcen flores sobre su sepulcro, y lágrimas por siempre darán á su memoria.

En verdad, que no me es fácil describir todo el tropel de estas sentidas lágrimas, como no es posible al astrónomo numerar todas las antorchas del firmamento, ni al náutico conocer todos los bajíos de los mares; y he aquí porque, seenndando el fino pensamiento del pintor Timantes en el bello cuadro de la muerte de Ifigenia, remitiré á la consideracion de almas cristianamente sensibles la grandeza de su afliccion, como lo intentára aquel diestro artífice, al arrojar un velo sobre los rostros de aquellas personas mas afectas á la princesa: así qué, y en buen hora lloren la pérdida de su Patrono, mientras los compadecemos á fuer de desgraciados, y enlazada con su notoria gratitud la pureza de la amistad, entretéjase á porfia la fúnebre corona, que ya es indispensable á tan Ilustre Difunto: *Et vocabunt agricolam ad luctum, et ad planctum eos, qui sciunt plangere.*

Porque, Señores, ¿nó es acreedor á esta corona todo fiel redimido con la sangre divina, que tiñó á un patíbulo ya tan escelso? ¿Y con cuánta mas justicia aquellos á quienes el celestial Pontífice eligiera para administradores de su gracia, depositarios de sus dones, Pastores de su grey? (42) Tal tu, Ilustrísimo Mariscal y Rivero, constituido fuiste Prelado de una Igle-

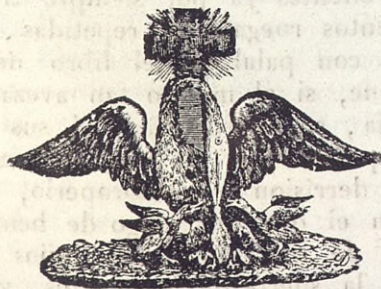
sia, y ésta, respetando tu dignidad sublime, gloria te desea con sus fervorosos sufragios, é inscribe tu nombre, y graba tu imagen en el honroso catálogo de sus buenos Abades. (43) A la vez las miles personas, y tantas gentes, que de diversos puntos de nuestra Península, y en el curso de tu ecistir gozaron las delicias de verte, de tratarte, de aplaudirte, votos de placacion han consagrado, á fin de que diadema de justicia orle á tu alma en la mansion eterea. (44) Tus amigos, arrastrando el luto, y ya que carezcan de tu aspecto noble, y ya que no besen tu anillo, y ya que alzarte no puedan del sarcófago, dó te ha precipitado irremediable muerte, ni acabarán de emitir súplicas por tu eternal descanso, y te dedican éste apologético discurso, como esplendente aureola, que ensalce tu fama, revindique tu honor, patentize tus prendas. (45) Y tus afectos, tus deudos, tus clientes ya por siempre tristes, angustiados, macilentos ruegan en repetidas, y lastiméras Oraciones, y con palabras del libro de la Sabiduría: (46) que, si el mundo tan avezado á zaherir por su malicia, su mordacidad, ó sus caprichos se atreviere á reputarte, y lo que no creemos, objeto de desprecio, derrision, ó improprio, se confunda un dia, y en el que por rasgo de benignidad divina te gloríes de ser uno de los hijos de Dios, hayas obtenido la suerte de los Santos, y formes número en el coro de Prelados bendecidos.

Y vos, Deydad Suprema, que cuanto mas justa, tanto mas misericordiosa os ostentais con el hombre, obra de vuestras manos, y término de una redencion copiosa, acojed estas espiaciones, estos últimos honores con que humildemente pedimos la salvacion del décimo Abad de la insigne colegial de Olivares: bien sabemos, Señor, que nada manchado se acercará á vuestro brillante trono, (47) y que vuestros juicios siempre terribles principian por los que

han pertenecido á vuestra casa: (48) pero al par nos consta que así como de vuestra misericordia está llena la tierra, (49) así en el cielo nos perdonais, porque somos vuestros, (50) y sobreabundais con gracia nuestros abundantes delitos: (51) y confiados en bondad tanta, no dudamos que habréis acorrido á este Ilustre finado, vuestro siervo Mariscal y Rivero, y á cuya ánima, si aun purga en lugar de penas, os dignaréis admitir ya á morada de perdurables y encantadores placeres, y en la que, gozando de vuestra vision beatífica, descanse con Angeles y Santos en una paz eterna.

Requiescat in pace.

Amen.



CITAS.

1. Falleció el Sr. Abad en 24 de Mayo de 1836, y en igual dia de 1837 se celebraron sus honras, cabo de año.
2. Salmo 101. v. 27.
3. S. Mateo cap. 5. v. 26.
4. Sto. Tomas.—Suplemento: question 71 artículo 9, léase todo.
5. La Iglesia en el oficio de los Stos. Angeles

6. Los antiguos concluían los epitafios con estas letras: S. T. T. L. y significaban: séate la tierra ligera.
7. Hechos de los Apóstoles cap. 1. v. 7.
8. Epistola de S. Pablo á los de Efeso cap. 4. v. 13.
9. 10. 11. Papel de méritos presentado á la Cámara, y testimonio del Secretario de ella en 1799.
12. Cédula de S. M. Carlos IV. en 3 de Setiembre de 1800.
13. Certificación del Ayuntamiento de Jerez.
14. Cédulas de S. M. Fernando VII. en 9 de Marzo de 1816.
15. Son varios los hijos buenos, que ha producido Jerez, y han ennoblecido su patria en estos últimos tiempos; de este número son el Obispo de Sigüenza; el Capitan general de los cuatro reynos de Andalucía; el Marqués de Casa-Vargas; el Fiscal del Consejo de S. M.; el Conde de los Andes; el actual Arzobispo de Granada, y el Conde de Mirasol, Gobernador, que fué de Bilbao.
16. Estos son los pueblos de que consta la Abadía de Olivares *nullius dioecesis*.
17. Parece que unas Congregaciones de Señoras, que sacaban dos Rosarios en los dias festivos, fueron causa de las disenciones que tubieron principio en 1822 y concluyeron en 1824.
18. S. Mateo cap. 5. v. 44.
19. Génesis cap. 45. v. 4.
20. Martirologio romano, Calenda de Navidad.
21. S. Mateo, cap. 26. v. 48 y 49.
22. Historia pontificia de Fr. José Alvarez Fuente, vida de Esteban VII.
23. Breviario romano: Santos de España, dia 16 de Abril.
24. Historia de Bartolomé de Carranza, Arzobispo de Toledo por Salazar de Miranda, Canónigo Penitenciario de aquella iglesia.
25. Condujeron al Abad como preso á dar cierta declaracion: el Sr. sosteniendo su dignidad, no creyó jamas que se gase este caso, que fué escandaloso, y humillante para un Mitrado, y mas quando se hallaba sin recursos, pues le tenian embargadas sus rentas.
26. Entre los Abades de esta Iglesia parece que se han distinguido D. Juan Navarro, y D. Bernardo Poblaciones.
27. Bien pudo el Sr. Abad tomar alguna satisfaccion de sus penalidades, castigando las discordias, que se originaron entre dos de sus subditos, que mas se habian pronunciado contra S. S.; pero lejos de ello procuró reconciliarlos, consiguiéndolo felizmente. Era muy afecto á la agricultura, y á la caza, y en su quinta le sobrecogió la muerte repentina: Tambien murió subitamente S. Andrés Avelino, y léase en las obras de Sta. Teresa lo que habla acerca de esta clase de muertes.

28. Las nuevas poblaciones de la Sierra de Jerez llamadas Prado del Rey y Almajar fueron fundacion de la familia Mariscal.
29. S. Márcos cap. 4. v. 24.
30. Criado en la opulencia, que se disfruta en Jerez, Cádiz y la Corte, procuró sostenerla á su advenimiento á la Abadía, y padeció mucho, cuando conoció la cortedad de sus rentas: de esto hablaba con sus amigos, y al entender que el autor estuvo perseguido encierto tiempo, se apresuró ú ofrecerle su palacio y recursos; pero previendo que por delicadeza nada admitía, se valió de ciertos finos ardides, para hacer mas dulce su entonces amarga suerte. Esto mismo practicó con otros, que le merecieron como el autor grande deferencia.
31. Proverbios cap. 17, v. 17.
32. Luego que el autor supo la muerte del Sr. Abad manifestó su dolor; é invitado por su familia se dedicó á formar esta oracion funebre, pasando á S. Lucar para pronunciarla, sin otro interes, que el de la espresion de su amistad.
33. Ciceron. *In Laelio, sive de amicitia*-- léase todo el dialogo.
34. Jamas fue afecto á la hipocresia: tampoco amó á los necios, y á los que segun su graciosa espresion conocia por los ojos, como por las manos á los de buena cuna, y educacion: nunca se separó del gobierno á quien ciegamente obedecia.
35. S. Juan. Epistola 1.^a cap. 1.^o v. 8.
36. Œuvres de Monsieur Thomas, de L'Academie Franzaise. Tome premier.
37. S. Juan. Epistola 1.^a cap. 4. versos 20, y 21.
38. Proverbios cap. 10 v. 12.--S. Pedro Epistola 1.^a cap. 4. v. 8.-- S. Pablo 1.^a á los de Corinto cap. 13, v. 6.
39. S. Mateo cap. 7, v. 5.
40. Eclesiástico cap. 7, v. 3.
41. Ester cap. 2. v. 18.
42. S. Pablo, Epistola 1. á los de Corinto cap. 4 v. 1..
43. En la sala capitular de la Colegial de Olivares estan colocados los retratos de todos los Abades; y su Cabildo celebró horas solemnes en el año anterior por el Illmo. Mariscal.
44. Han sido muchos los sufragios, que de todas partes se ofrecieron, y todos los conocimientos manifestaron su pesar muy espresivamente.
45. Lo mismo han practicado, y siguen practicando sus amigos verdaderos.
46. Libro de la Sabiduría cap. 5, léase todo.
47. Apocalipsis cap. 21 v. 27.
48. Epistola 1. de S. Pedro cap. 4 v. 17.
49. Salmo 32 v. 5.
50. Libro de la Sabiduria cap. 11. v. 27.
51. S. Pablo, Epistola á los romanos cap. 5. v. 20.

